

Lo que recibí de los libros en la U...

Sin los libros nuestro mundo estaría lleno de rumores. Antes, posiblemente, se podía decir que la palabra escrita le hacía frente a cualquier runrún, pero en tiempos donde los mensajes de texto y WhatsApp ganan terreno y se imponen en nuestras lecturas -y hasta se transforman en las nuevas oralidades-, los libros se convierten en ese espacio donde encontramos un sentido más profundo, menos superficial. No lo dijo, pero pienso que le faltó muy poco a Zygmunt Bauman definir a la 'lectura líquida'. Ya había acuñado los conceptos de *moder-*

nidad líquida, sociedad líquida y amor líquido: ¿por qué negar que este rockstar de la sociología podía definir a la 'lectura líquida' en algún momento? Por cierto, a Bauman lo descubrí en las aulas, lo leí en los pupitres donde, quizás, un ejemplar de esta revista nunca se abra. Me acompañó en el patio de la Facso y en los buses: sus estudios acerca de la modernidad me ayudaron a comprender por qué los ecuatorianos somos igual de modernos que un Walkman.

En los primeros semestres pude contestar a la interrogante: ¿Qué

=====

Expreso móvil

es esa cosa llamada ciencia?, y lo hice gracias al libro de Alan F. Chalmers. Entendía entonces la diferencia entre lo metafísico y lo científico: lo primero, va más allá de lo físico, esos principios que escapan a las experiencias sensibles; lo otro, en cambio, es un conocimiento que se da por la argumentación, los hechos, y tiene la capacidad de ser falible, es decir, de equivocarse, porque desde la experimentación nuestros propios ojos pueden engañarnos. Los libros fortalecen la mirada.



Lo que recibí de los libros en la U...

=====

Expreso móvil

Claro que hay preguntas de las que aún no tengo respuestas: el amor, por ejemplo. Lo que sí me agrada es que, más allá de sentirlo, a través de lecturas he podido reflexionar sobre aquello. De hecho, algunas definiciones me han permitido identificarlo. Me encanta la idea relatada por Theodor Adorno, otro autor que conocí por los libros de la universidad. Pensar en el amor como una narrativa, que está más allá de lo científico y lo metafísico, que no es otra cosa que reconocer las debilidades de 'el otro' y, sabiendo cómo herirlo, no lo hacemos. Belleza. Enamorada o enamorado que leen esto, marido y mujer, casados ayer o arrojados desde tiempo atrás: han notado que sabemos usar las vulnerabilidades de nuestras parejas para atacarles como si apagaráramos un cigarrillo en su piel: lea Adorno, quizás le ayude mucho más que un libro de motivación y autoayuda. Uno de mis autores favoritos es Efraim Medina Reyes, y lo conocí por los libros de la U (aclaro, si ocupo la U en este artículo es para referirme a la universidad, no a la Liga Universitaria de Quito -soy barcelonista: por eso, si has llegado hasta acá, he robado

tu atención-). En fin, Medina Reyes escribe en *Érase una vez el amor pero tuvo que matarlo*: “Cuando supe que nunca más iba a tenerla, enloquecí: Antes que pase un segundo habrás muerto cien mil veces, dice una frase del Corán y yo tuve que vivirla”. Y sí, identificando momentos y sensaciones por medio de los libros, me llegan más preguntas que respuestas: posiblemente ese sea el tesoro de los libros, lograr que nos hagamos más preguntas, recordarnos que la curiosidad es el primer gran paso para adquirir conocimiento.

Otra cosa que siempre guardo con gratitud de la U es que me arrojó a un océano de palabras que no tiene punto final, y sus aguas se alimentan de todas las vertientes. A veces te llegan como lluvia fresca, otras te arrastran como una ola embravecida, como el KO de Charles Bukowski a Ernest Hemingway en su cuento *Clase*, o como lo relatado por John Waters en *Mis modelos de conducta*: “*Nunca deberían leer solo por ‘placer’*. *¡Lean para ser más inteligentes! Menos sentenciosos. Más capaces para comprender el comportamiento demencial de sus ami-*

gos, o mejor, el de ustedes mismos. Elijan libros ‘difíciles’; los que requieran concentración para leer. Y por el amor de Dios, que nunca los escuche decir ‘no puedo leer ficción, solo tengo tiempo para la verdad’. *¡La ficción es la verdad, tonto! ¿Alguna vez escucharon la palabra ‘literatura’? Eso también significa ficción, estúpido”*.

En fin, en este mar de palabras pude darme cuenta si mi muelle está en los apocalípticos o en los integrados gracias a Umberto Eco; dancé con los signos con Victorino Zecchetto; desvestí al Pato Donald –bueno, le quité el blazer marinero- por Ariel Dorfman y Armand Mattelart; maté instituciones por las reflexiones de Cornelius Castoriadis; tuve una aventura, no clandestina, como la de Miguel Litín en las manos de García Márquez; sentía los rugidos de ese puma de la UNAM llamado Bolívar Echeverría; entendía que ya no hay una delgada línea evolutiva de lo sapiens a lo videns por Giovanni Sartori en medio de esa evolución que va Del bisonte a la *realidad virtual* explicada por Román Gubern; pensaba en que podía irme bien en un control de lectura, sin leer,



pero no hay crimen perfecto -¿o sí, Jean Baudrillard-, porque podía obtener una buena nota, pero perdería algo nuevo que aprender en este mundo de hiperrealidades...

Aprendí que el corazón no solo 'siente': piensa e imagina como se imprime en esa travesía de psicología profunda escrita por James Hillman en *El pensamiento del corazón*, una travesía como la de Za-

ratustra: del camello al león, del león al niño, a ese estado donde uno tiene la capacidad de realmente emanciparse, o quién duda que no hay prueba más grande de eso cuando un pequeño es una estrella de rock mientras convierte a una escoba en su guitarra. Y pienso en esa escena y solo se me ocurre que los libros son capaces de potenciarla, de permitirnos realmente emanciparnos.

* **Damián De la Torre Ayora.** Estudió Comunicación Social en la Facso de la Universidad Central del Ecuador y Lengua y Literatura en la UTPL. Periodista. Ha colaborado en La Hora, Revista Artes, Mundo Dinero, entre otras publicaciones.

